

Indicaciones para la celebración

VIGILIA DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Esta vigilia tiene como finalidad orar por todas las vocaciones de la Iglesia (vida sacerdotal, religiosa, matrimonial, laical), teniendo como modelo a la Santísima Virgen María, que fue dichosa por acoger enteramente la voluntad del Padre. Se preparará adecuadamente el lugar para la vigilia (iglesia, salón). Esta vigilia está preparada para ser rezada en el marco de la exposición del Santísimo, si las circunstancias lo permiten.

Un lector designado leerá la siguiente monición ambiental:

Queridos hermanos. Nos reunimos esta noche con motivo de la celebración de la Inmaculada Concepción de María, solemnidad en la que recordamos las maravillas que Dios ha hecho en nuestra Madre, la Virgen María. Pero esta noche también nos reunimos para orar por todas las vocaciones cristianas. María es un gran modelo de respuesta generosa al Señor, y así le pediremos a ella que interceda por cada uno de nosotros, para que Dios envíe vocaciones a su Iglesia. Ojalá que nos preguntemos qué quiere el Señor de nosotros. ¿Qué espera Dios de tu vida? Pregúntate qué espera de tus ilusiones, de tus proyectos, de tus sueños. No tengas miedo en escuchar, porque Dios tiene un plan perfecto para cada uno de nosotros y, esta noche, en el silencio de nuestro corazón, Dios nos lo quiere mostrar. Que mirando a María y siguiendo su ejemplo, seamos valientes y escuchemos la voz del Señor que nos dice: ¡Alégrate, porque te amo!

Exposición del Santísimo

El presidente de la celebración, presbítero o diácono, se dirige al altar y expone el Santísimo. En este momento, se entona un canto apropiado (propuesta de canto: No adoréis a nadie). Tras rezar la estación y guardar un breve silencio, prosigue la vigilia con la contemplación del evangelio propio de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, dividido en tres secciones con tres temáticas cada uno.

Primera parte: ALÉGRATE

Evangelio: Lc 1, 26-29

Un lector lee el siguiente fragmento del evangelio:

En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel.

Meditación

Tras un tiempo de silencio adecuado, otro lector lee la siguiente meditación:

Nuestra mirada es atraída por la belleza de la Madre de Jesús, nuestra Madre. El Evangelio de san Lucas nos presenta a María, una muchacha de Nazaret, en la periferia del Imperio romano y también en la periferia de Israel. Sin embargo en ella, la muchacha de aquel pueblito lejano, sobre ella, se posó la mirada del Señor, que la eligió para ser la madre de su Hijo. En vista de esta maternidad, María fue preservada del pecado original, o sea de la fractura en la comunión con Dios, con los demás y con la creación que hiere profundamente a todo ser humano. Pero esta fractura fue sanada anticipadamente en la Madre de Aquél que vino a liberarnos de la esclavitud del pecado. La Inmaculada está inscrita en el designio de Dios; es fruto del amor de Dios que salva al mundo.

María no se alejó jamás de ese amor: toda su vida, todo su ser es un «sí» a ese amor, es un «sí» a Dios. El misterio de María, que está en el corazón de Dios, no nos es extraño. No está lejos de nosotros. No, estamos conectados. De hecho, Dios posa su mirada de amor sobre cada hombre y cada mujer, con nombre y apellido. Su mirada de amor está sobre cada uno de nosotros. También nosotros, desde siempre, hemos sido elegidos por Dios para vivir una vida santa, libre del pecado. Es un proyecto de amor que Dios renueva cada vez que nosotros nos acercamos a Él, especialmente en los Sacramentos.

En esta fiesta, entonces, contemplando a nuestra Madre Inmaculada, bella, reconozcamos también nuestro destino verdadero, nuestra vocación más profunda: ser amados, ser transformados por el amor, ser transformados por la belleza de Dios. Mirémosla a ella, nuestra Madre, y dejémonos mirar por ella, porque es nuestra Madre y nos quiere mucho; dejémonos mirar por ella para aprender a ser más humildes, y también más valientes en el seguimiento de la Palabra de Dios; para acoger el tierno abrazo de su Hijo Jesús, un abrazo que nos da vida, esperanza y paz.

Benedicto XVI, Ángelus, 8 de diciembre de 2013

Magnificat

Dejando otro espacio de silencio, se hará a continuación el rezo del Magnificat, dividido en sus distintos versos y con una respuesta de los fieles. El lector comenzará así:

El Señor quiso elegir a María, virgen de Nazaret, mujer humilde y llena de gracia. Hagamos ahora nuestras las palabras del Magnificat, en el que María proclama la gran misericordia de Dios para con ella. Dando gracias a Dios por todo lo que hemos recibido de su gran amor, responderemos diciendo: *Porque es eterna su misericordia.*

V. Proclama mi alma la grandeza del Señor.

R. Porque es eterna su misericordia.

V. Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador.

R. Porque es eterna su misericordia.

- V. Ha mirado la humildad de su esclava.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. El Poderoso ha hecho obras grandes por mí.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. Su nombre es santo.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. Él hace proezas con su brazo.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. Dispersa a los soberbios de corazón.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. Derriba del trono a los poderosos.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. Enaltece a los humildes.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. A los hambrientos los colma de bienes.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. A los ricos los despide vacíos.
R. Porque es eterna su misericordia.
- V. Auxilia a Israel, su siervo.
R. Porque es eterna su misericordia.

Segunda parte: NO TEMAS

Evangelio: Lc 1, 30-33

Un lector lee el siguiente fragmento del evangelio:

El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Meditación

Tras un tiempo de silencio adecuado, otro lector lee la siguiente meditación:

El misterio de la Inmaculada Concepción de María, que hoy celebramos solemnemente, nos recuerda dos verdades fundamentales de nuestra fe: ante todo el pecado original y, después, la victoria de la gracia de Cristo sobre él, victoria que resplandece de modo sublime en María. Por desgracia, la existencia de lo que la Iglesia llama "pecado original" es de una evidencia aplastante: basta mirar nuestro entorno y sobre todo dentro de nosotros mismos.

En efecto, la experiencia del mal es tan consistente, que se impone por sí misma y suscita en nosotros la pregunta: ¿de dónde procede? Especialmente para un creyente, el interrogante es aún más profundo: si Dios, que es Bondad absoluta, lo ha creado todo, ¿de dónde viene el mal? Las primeras páginas de la Biblia (*Gn 1-3*) responden precisamente a esta pregunta fundamental, que interpela a cada generación humana, con el relato de la creación y de la caída de nuestros primeros padres: Dios creó todo para que exista; en particular, creó al hombre a su propia imagen; no creó la muerte, sino que esta entró en el mundo por envidia del diablo (cf. *Sb 1, 13-14; 2, 23-24*), el cual, rebelándose contra Dios, engañó también a los hombres, induciéndolos a la rebelión. Es el drama de la libertad, que Dios acepta hasta el fondo por amor.

[...] La Mujer predestinada a ser madre del Redentor, madre de Aquel que se humilló hasta el extremo para devolvernos a nuestra dignidad original. Esta Mujer, a los ojos de Dios, tiene desde siempre un rostro y un nombre: "Llena de gracia" (*Lc 1, 28*), como la llamó el ángel al visitarla en Nazaret. Queridos hermanos, en María Inmaculada contemplamos el reflejo de la Belleza que salva al mundo: la belleza de Dios que resplandece en el rostro de Cristo. En María esta belleza es totalmente pura, humilde, sin soberbia ni presunción.

Benedicto XVI, Ángelus 8 de diciembre de 2008

Gesto

Para la realización de este gesto, se habrá preparado previamente, a los pies del altar, un recipiente. Asimismo, se habrán distribuido papelitos y bolígrafos para los fieles. Un lector hace la siguiente introducción al gesto:

Hemos escuchado cómo el ángel anuncia a María la misión que Dios quiere hacer con ella. María se siente pequeña, incapaz, débil, pero el ángel no tarda en consolarla y le dice: "No temas". Escribe tú ahora aquello que te hace temer, aquello que te provoca inseguridad en tu vida. Escríbelo y deja tu papel a los pies del altar, a los pies del Señor, a los pies de María. Ella, que es nuestra Madre, nos ayudará a saber confiar en Dios. No temas, el Señor está contigo.

Durante el gesto, se entonará un canto adecuado (propuesta de canto: Tengo sed de ti).

Tercera parte: HE AQUÍ

Evangelio: Lc 1, 34-38

Un lector lee el siguiente fragmento del evangelio:

Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

Meditación

Tras un tiempo de silencio adecuado, otro lector lee la siguiente meditación:

El evangelio que hemos escuchado contiene el diálogo entre el ángel Gabriel y la Virgen. « ¡Alégrate, llena de gracia!, el Señor está contigo», dice el mensajero de Dios, y de este modo revela la identidad más profunda de María, el «nombre», por así decir, con el que Dios mismo la conoce: «llena de gracia». [...]

El misterio de la Inmaculada Concepción es fuente de luz interior, de esperanza y de consuelo. En medio de las pruebas de la vida, y especialmente de las contradicciones que experimenta el hombre en su interior y a su alrededor, María, Madre de Cristo, nos dice que la Gracia es más grande que el pecado, que la misericordia de Dios es más poderosa que el mal y sabe transformarlo en bien. Por desgracia, cada día nosotros experimentamos el mal, que se manifiesta de muchas maneras en las relaciones y en los acontecimientos, pero que tiene su raíz en el corazón del hombre, un corazón herido, enfermo e incapaz de curarse por sí solo. La Sagrada Escritura nos revela que en el origen de todo mal se encuentra la desobediencia a la voluntad de Dios, y que la muerte ha dominado porque la libertad humana ha cedido a la tentación del Maligno. Pero Dios no desfallece en su designio de amor y de vida: a través de un largo y paciente camino de reconciliación ha preparado la alianza nueva y eterna, sellada con la sangre de su Hijo, que para ofrecerse a sí mismo en expiación «nació de mujer» (cf. Ga 4, 4). Esta mujer, la Virgen María, se benefició anticipadamente de la muerte redentora de su Hijo y desde la concepción fue preservada del contagio de la culpa. Por eso, con su corazón inmaculado, nos dice: confiad en Jesús, él os salvará.

Benedicto XVI, Ángelus 8 de diciembre de 2010

Testimonio

Tras un breve silencio, un sacerdote, religioso, religiosa, matrimonio, novios o un joven comprometido compartirá su testimonio de seguimiento del Señor. Al terminar éste, se entonará un canto adecuado (propuesta de canto: Hoy, Señor, gracias quiero dar).

ORACIÓN A MARÍA INMACULADA POR LAS VOCACIONES

El presbítero o diácono vuelve revestido al altar en caso de que, tras la exposición, se haya retirado a la sacristía. Éste, poniéndose en pie e invitando al pueblo, introduce la oración de petición a María por todas las vocaciones. Un lector hará cada petición:

Hermanos, invoquemos juntos a nuestra Madre. Ella supo escuchar el mensaje del ángel y respondió con generosidad a la misión que Dios le quería encomendar. Ella fue la mujer valiente dispuesta al plan de Dios, y, así, siguió en silencio los pasos de su Hijo hasta los más amargos dolores al pie de su Cruz. Pero ella nunca desconfió de Dios, y esperó anhelante la manifestación de su Señor, la alegría de la Resurrección de su Hijo. Por los méritos del fruto de sus entrañas, goza ya en cuerpo y alma de la gloria del cielo, y desde allí nos alienta en la esperanza de alcanzar esa misma gloria. Su valor y su fortaleza nos alientan hoy a nosotros, y a ella dirigimos nuestra mirada para pedir que interceda a favor de la Iglesia que necesita de santos pastores, religiosos y religiosas y matrimonios valientes capaces de llevar la luz de Cristo a todo el mundo. A cada petición responderemos diciendo [cantando]: **R.** *Madre de todos los hombres, enséñanos a decir «Amén».*

V. Madre Inmaculada, Hija predilecta del Padre, que te entregaste sin reservas a su voluntad y proclamaste la grandeza de Aquél que se fijó en la humildad de su sierva; intercede por nosotros, para que vivamos siempre de cara a Dios y según su plan todos los días de nuestra vida.

R. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, ENSÉÑANOS A DECIR «AMÉN».

V. Madre Inmaculada, Madre de Cristo Rey, que al pie de la Cruz nos recibiste como hijos tuyos por testamento de tu Hijo muy amado, Señor nuestro; intercede por nosotros, para que, contemplando a Cristo crucificado y resucitado, podamos ser luz para el mundo en cada momento.

R. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, ENSÉÑANOS A DECIR «AMÉN».

V. Madre Inmaculada, Gloria del Espíritu Santo, que habiendo perseverado con los apóstoles en la espera pentecostal del este mismo Espíritu, imploraste para toda la Iglesia sus dones; intercede por nosotros, para que sigamos siempre las inspiraciones del que es Dulce Huésped del alma.

R. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, ENSÉÑANOS A DECIR «AMÉN».

V. Madre Inmaculada, Conjunto de todas las virtudes, que con tu gracia inundaste el hogar de Nazaret y viviste siempre la entrega y el servicio en tu Sagrada Familia; intercede por todos los llamados a la donación total en el matrimonio vivan en santidad el amor conyugal y acepten de Dios los hijos y los eduquen en el amor a Dios y al prójimo.

R. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, ENSÉÑANOS A DECIR «AMÉN».

V. Madre Inmaculada, Discípula perfecta de Cristo, que, no haciendo alarde de haber recibido en tu seno a Dios mismo, te apresuraste a servir a tu prima Isabel y fuiste llamada por ella “bendita entre todas las mujeres”; intercede por todos los llamados a la consagración al Señor en la vida religiosa activa y contemplativa, para que vivan sus carismas desde el servicio y la gratuidad aprendidas del Maestro, que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos.

R. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, ENSÉÑANOS A DECIR «AMÉN».

V. Madre Inmaculada, Reina de los apóstoles, cuya maternal protección se desborda ante tus hijos; intercede por todos los llamados al sacerdocio ministerial, para que de tal manera se unan a Jesucristo, Buen Pastor, que sean santos administradores de la gracia, santificando, guiando y enseñando al pueblo de Dios, guardándolo del mal y ofreciéndose a sí mismos como sacrificio agradable a Dios.

R. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, ENSÉÑANOS A DECIR «AMÉN».

V. Madre Inmaculada, Esplendor de la Iglesia, que en el vientre de santa Ana fuiste concebida sin pecado original; intercede por esta misma Iglesia, para que manifieste ante el mundo la posibilidad de una vida nueva en Cristo, rostro de la misericordia infinita del Padre.

R. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, ENSÉÑANOS A DECIR «AMÉN».

V. Madre Inmaculada, Honor del género humano y Reina elevada al cielo, que al terminar tu vida terrena fuiste llevada en cuerpo y alma a los cielos; intercede por todos los hombres de todos los tiempos, para que se encuentren con el amor de Dios manifestado en Cristo y caminen siempre con la mirada puesta en el cielo, patria definitiva, donde contemplamos ya nuestra humanidad glorificada en Cristo, y por sus méritos, en ti, Madre nuestra.

R. MADRE DE TODOS LOS HOMBRES, ENSÉÑANOS A DECIR «AMÉN».

Y el presbítero o diácono concluye:

Dios Padre todopoderoso, recibe la oración de María en favor nuestro por todas las vocaciones. Te rogamos que, por el bien de tu Iglesia, envíes muchas y santas vocaciones. Llama a jóvenes dispuestos a servir a tu pueblo en el sacerdocio; llama a mujeres y hombres fuertes que consagren su vida a la oración constante y al anuncio del Evangelio en todo el mundo; llama a los jóvenes a una vivencia del matrimonio desde la donación total de sí mismos, siendo así testimonios de amor. Así, pues, Padre, confiamos estas intenciones a tu misericordia con la oración que tu Hijo nos enseñó: Padre nuestro.

Reserva del Santísimo

Una vez terminada la oración del Padrenuestro, se entona un canto apropiado (propuesta de canto: Majestad), mientras se incienso el Santísimo. Prosigue como de costumbre el rito de la reserva del Santísimo.

Oración final a la Santísima Virgen

Una vez reservado el Santísimo, todos miran hacia la imagen o icono de la Virgen que esté presidiendo la celebración y se reza conjuntamente la siguiente oración:

María, Madre de misericordia,
recibe las oraciones que te hemos presentado;
te pedimos que protejas a todos los jóvenes
y les enseñes a dar testimonio
del amor de Dios en medio de este mundo;
que descubran que el sentido de sus vidas es sólo Dios.
Que el Espíritu Santo haga germinar en sus corazones
el deseo de amar y seguir a Jesús, tu Hijo,
y suscite en ellos santas vocaciones
que rieguen de esperanza a la Iglesia.
Madre Inmaculada,
presenta todas estas intenciones ante tu Hijo,
Él que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Para terminar, se entona un canto adecuado a la Santísima Virgen (propuesta de canto: Junto a ti, María).

CANTORAL DE LA VIGILIA

No adoréis a nadie

1. No adoréis a nadie, a nadie más que a Él.
No adoréis a nadie, a nadie más que a Él.
No adoréis a nadie, a nadie más.
No adoréis a nadie, a nadie más.
No adoréis a nadie, a nadie más que a Él.

Porque sólo Él nos puede sostener.
Porque sólo Él nos puede sostener.
No adoréis a nadie, a nadie más.
No adoréis a nadie, a nadie más.
No adoréis a nadie, a nadie más que a Él.

2. No alabéis a nadie...
3. No miréis a nadie...
4. No busquéis a nadie...

Tengo sed de Ti

Tengo sed de Ti, oh Fuente del Amor.
Tengo sed de Ti, tu Amor es libertad.

Hoy, Señor, gracias quiero dar

1. Hoy, Señor, gracias quiero dar
a tus manos que abrazan mi ser.
Hoy, Señor, quiero caminar
siguiendo tus huellas, nada más.

Hoy, Señor, quiero decir sí,
entregar todo lo que soy,
y dejar el pasado atrás,
para ser testigo de tu amor.

AQUÍ ESTOY, MI SEÑOR,
LLÉVAME DONDE QUIERAS,
PERO VEN TÚ CONMIGO. (2)

2. Tú me dices: «No te llamo siervo,
sino amigo, que en mi viña estás
para dar fruto en abundancia
con tu entrega a los demás.»

Tú me dices: «Hay hombres que esperan
la esperanza y la libertad;
en mi nombre, lleva mi mensaje
anunciando siempre la verdad.»

Majestad

Majestad, adora a su Majestad,
a Jesús sea honra, gloria y poder.
Majestad, reino y autoridad,
luz y esplendor manda a su pueblo.
¡A Él cantad!

ACLAMAD Y PROCLAMAD EL NOMBRE DE CRISTO.
MAGNIFICAD, GLORIFICAD A CRISTO, EL REY.
MAJESTAD, ADORA A SU MAJESTAD.
CRISTO MURIÓ, RESUCITÓ Y DE REYES ES REY.

Junto a ti, María

1. Junto a ti, María,
como un niño quiero estar.
Tómame en tus brazos
guíame en mi caminar.
Quiero que me eduques,
que me enseñes a rezar.
Hazme transparente,
lléname de paz.

MADRE, MADRE, MADRE, MADRE.
MADRE, MADRE, MADRE, MADRE.

2. Gracias, Madre mía,
por llenarnos a Jesús.
Haznos más humildes,
tan sencillos como tú.
Gracias Madre mía
por abrir tu corazón,
porque nos congregas
y nos das tu amor.